
DEFENSA DE LA ACTIVIDAD INTELLECTUAL EN LA ERA DEL PRODUCTIVISMO

BERNARDO BOLAÑOS

Como profesor-investigador, doy clases de licenciatura, maestría y doctorado y superviso tesis en esos tres niveles (como director o miembro de comité tutorial). Los posgrados en México han crecido muy rápido (159 por ciento entre 2000 y 2010), lo que lleva a algunos especialistas a especular que en el país se imparten programas de mala calidad y, en vez de transmitir habilidades, se “credencializa” a los profesionistas desempleados (Gil 2012, Gandini y Lozano 2012). Si vemos el otro lado de la moneda, México tiene un bajo porcentaje de licenciados y posgraduados, comparado incluso con otros países latinoamericanos. Dado ese contexto, me siento útil pasando gran parte de mi tiempo preparando clases y leyendo a mis alumnos. Hago todo lo que puedo para vincular mi investigación con la docencia (solicito cursos relacionados con mis líneas de investigación e investigo temas relacionados con los cursos que se me asignan). La primera habilidad que enseño es la de identificar debates científicos y/o humanísticos actuales y relevantes para luego, eventualmente, participar en ellos. En segundo lugar, busco transmitir herramientas lógico-analíticas (a veces explícitamente, en otras ocasiones como parte del llamado “currículum oculto”, es decir, señalando falacias en el razonamiento de los alumnos y descomponiendo sus preguntas de investigación, pues afectaría su eficiencia terminal si les exigiera a todos asimilar el argot y las sutilezas de la lógica matemática). Confío en que, en el mundo laboral y como ciudadanos, con esas habilidades los egresados podrán abordar problemas sociales complejos de manera racional. Si a eso sumamos los conocimientos que adquieren los estudiantes según los cursos (datos que deben provenir de fuentes recientes y confiables, una matriz disciplinaria, modelos y leyes científicas), pienso que la función de muchos profesores universitarios no consiste meramente en “credencializar”. Ciertamente, el atraso de México en cobertura educativa y el bono demográfico nos someten a presiones que no tienen los académicos en Europa o Estados Unidos, pero existe suficiente evaluación y vigilancia por parte del CONACYT para que

busquemos permanentemente el óptimo entre calidad y cantidad. Varias veces trabajé como asesor de altos funcionarios y no me sentía tan útil socialmente como siendo profesor; quizá porque entonces yo era sólo un eslabón dentro de una enorme cadena. Aunque mis alumnos enfrentarán un mercado laboral hostil y el absurdo mexicano de que personas con mayor preparación académica parecen presentar más altos niveles de desempleo (Arancibia 2012), la universidad les ha dado más que un diploma diseñado según la oferta laboral: los dotó de hábitos de lectura, razonamiento científico, una visión realista de la sociedad y, espero, la seguridad en sí mismos para abrirse un lugar en esta última.

Participo en el comité de redacción de la revista de teoría y filosofía del derecho *Isonomía*, indexada por CONACYT. Es un trabajo ingrato porque en el grupo pionero de la revista evitamos dictaminar los artículos (para romper así la endogamia), convirtiéndonos principalmente en intermediarios entre autores y dictaminadores externos. Tampoco acostumbramos usar la revista para publicar nuestros propios textos, pues pondríamos en riesgo el reconocimiento de ésta. Pero lo ingrato del trabajo no quita su utilidad para mi área de estudio. No existe ninguna otra revista indexada en filosofía del derecho en México. *Isonomía* contribuye, en lo que le toca, a la racionalidad del sistema jurídico mexicano y latinoamericano (publicando estudios serios y promoviendo la formación de jueces, abogados y profesores de derecho y filosofía práctica). Al Poder Judicial y a las facultades de derecho les toca aprender o, si no quieren hacerlo, lograr la certificación de sus propias revistas para garantizar la científicidad de su práctica profesional. Desgraciadamente, aún existen jueces que sólo tienen la “credencial” de tales, sin que posean habilidades lógicas para ponderar racionalmente entre derechos en pugna.

Ahora bien, aunque colaboro en la organización de una revista científica, no desprecio otro tipo de publicaciones. Me niego a aceptar que mi práctica profesional sólo genere valor si publico en una revista indexada y en inglés (como quieren algunos evaluadores). La presente reflexión en *Ludus Vitalis* es un ejemplo, pero citaré otros dos muy diferentes. Como epistemólogo, me ha parecido importante contribuir a desenmascarar los ingenuos mitos acerca del tarot (barajas de origen renacentista que fascinan a sectores populares y acomodados, a aficionados al *New Age* e intelectuales desde André Breton hasta Marshall Bergman). Para ello, publiqué un artículo genealógico sobre el tarot en *Algarabía*, revista cultural comercial con un tiraje de decenas de miles de ejemplares. Resumí descubrimientos históricos de Michael Dummett y critiqué la charlatanería interesada del gurú Alejandro Jodorowsky (Bolaños 2012). Dado el número de lectores y la necesidad de desenmascarar las pseudociencias, ese texto es quizá más útil socialmente que muchos artículos de investigación barrocos y ultraespecializados. Mi tercer y último ejemplo es el Internet.

No soy un bloguero eficaz, me falta tiempo, pero he escrito la primera versión de varios artículos de la enciclopedia más leída del mundo, la Wikipedia (por ejemplo, “Lógica deóntica”, “Tepito” o “Carmen Aristegui”, pues noté que no existían y me pareció imperdonable). Obviamente, no pido reconocimiento alguno a las instituciones académicas por ese tipo de tarea de divulgación. Ahora dedico muchos instantes muertos a la red social Twitter que permite conectar la universidad con miles de personas (adolescentes, empleados atados a sus sillones, profesionistas, colegas académicos, etc.).

Los profesores de filosofía aportamos a la sociedad algunas cosas que no pueden darle los científicos. El credo de muchos científicos es “la ciencia nos hará libres”. ¿Y acaso un científico puede probar tal afirmación? No, hacerlo es territorio de filósofos y se puede mostrar que esa afirmación es endeble. Por ejemplo, ¿estamos seguros de que la innovación tecnológica podrá compensar los males que genera la propia innovación tecnológica? Los supuestos argumentos científicos sobre la existencia de remedios científicos a los problemas generados por el avance científico son, si no falsos, al menos dudosos. Es así porque, por un lado, existen aportaciones indudables de las ciencias al desarrollo pero, por el otro, el progreso científico es históricamente correlativo al Apocalipsis ambiental: explosión demográfica producto del avance de la medicina, energía nuclear letal, presión de selección que podría producir en cualquier momento una gran plaga más mortífera que la gripe española, etc. Por precaución, no deberíamos dar por hecho que la innovación científica es siempre positiva. Lo que Hans Jonas llama el “imperativo tecnológico” es irracional. Dicho imperativo ordena: “si puedes innovar, hazlo”. Se produce una falacia tecnológica: si es posible embarazar a una voluntaria con semen de chimpancé, ¿debemos hacerlo? Si es posible patentar una bomba nuclear fabricada con elementos más baratos que el uranio y el plutonio, ¿debemos hacerlo? Saber si la ciencia nos hará libres es, entonces, un problema filosófico (la ciencia produce soluciones a sus propios males, y entonces ocurre un regreso infinito, porque genera nuevos males que no existían y así sucesivamente). Aunque los científicos suelen anticipar algunas catástrofes del progreso científico e industrial y prevenirlas (como hizo el Nobel mexicano Mario Molina con la destrucción de la capa de ozono), hay problemas más generales, civilizatorios, que han sido mejor percibidos por filósofos (Hans Jonas, Karl Polanyi, Vandana Shiva, etc.). En mi práctica profesional, estoy tratando de mostrar que el propio instrumental de la teoría de juegos empleado por los economistas neoclásicos apunta a que la dinámica del capitalismo financiero desregulado equivale a una “*rat race*”, una carrera irracional, con consecuencias negativas para todos los jugadores (Bolaños y Ségal 2011).

Los profesores de filosofía también aportamos a la sociedad lo que no pueden darle los políticos. A diferencia de las posiciones partidistas de la mayoría de éstos, nosotros estamos afiliados a la universidad, más que a cualquier partido o ideología. El filósofo suele cumplir el papel de intelectual *parresíastés* (del griego *parresía*, literalmente “decirlo todo” y, por extensión, “hablar libremente”).

Finalmente, los profesores de filosofía tampoco somos como los columnistas de los periódicos que opinan sobre la actualidad con religiosa puntualidad. Los buenos editorialistas son brújulas, orientan a sus seguidores, para ayudarlos a tomar el partido correcto; en cambio, cuando el filósofo oye la expresión “debate democrático” se da la vuelta y huye, como decía Deleuze. Lo hace en tanto el filósofo elige sus problemas, elabora sus conceptos con rigor y elude muchas de las discusiones rutinarias. En algunas de ellas no hay nada qué decir y “es mejor callarse”, parafraseando a Wittgenstein. En otros casos, como explica Badiou, el filósofo sí se compromete socialmente e interviene porque ha reconocido un “acontecimiento” (una obra maestra en el arte, un evento político y social), lo señala y argumenta sobre su importancia. ¿Cuál es el valor de todo esto para la sociedad? Sócrates introdujo la preocupación sistemática por la racionalidad en la vida social. Platón inventó la ingeniería política. Marx describió el capitalismo y sugirió maneras de alcanzar la igualdad social. Arendt, Popper y Camus nos han enseñado a prevenir el totalitarismo desde sus manifestaciones más tempranas. Foucault mostró la arbitrariedad de muchas instituciones disciplinadoras y de la heteronormatividad. Todos ellos son ejemplos destacados de filósofos que aportaron al bienestar de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Arancibia, Juan (2012), “El empleo, el ingreso y el actual gobierno”, *Momento Económico* 15-18: 9-12.
- Badiou, Alain, y Žizek, Slavoj (2011), *Filosofía y actualidad. El debate*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Bolaños, Bernardo, y Segal, Elodie (2011), “Carreras armamentistas. Innovación y evolución del capitalismo desde el enfoque de la teoría de juegos evolucionista”, *Ide@s CONCYTEG* 6 (78).
- Decker, Ronald y Dummett, Michael (2002), *A History of the Occult Tarot. 1870-1970*, Duckworth, Gran Bretaña.
- Gandini, Luciana, y Lozano Ascencio, Fernando (2012), “La migración mexicana calificada en perspectiva comparada: el caso de los profesionistas con posgrado en Estados Unidos, 2001-2010”, en Ramírez García y Castillo (coord.), *El estado de la migración. México ante los recientes desafíos de la migración internacional*, CONAPO, Ciudad de México.
- Gil, Manuel (2000), “La educación superior en México entre 1990 y 2010. Una conjetura para comprender su transformación. Notas de investigación”, *Estudios Sociológicos* XXX (89), El Colegio de México, Ciudad de México.